Las moscas verdes
SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Éramos cuatro amigos que en tren de turismo recorríamos el Norte de la Provincia de Corrientes. Después de un mes de incesante viajar, durante el cual visitamos todos los pueblos situados sobre la costa del Paraná, así como los lugares inmediatos a ellos, dignos de llamar la atención, regresamos a Corrientes a tomarnos unos días de descanso, bien ganados por cierto. El sitio en que se halla edificada la ciudad, no pudo haber sido mejor elegido. Es una especie de meseta que ascendiendo en suave rampa va a morir en el río, cuyas aguas se ven correr diez o doce metros más abajo. Extendidas en amplio semicírculo, ofrecen al viajero que las contempla desde la orilla el magnífico espectáculo del río que se despliega en abanico, los extremos de cuyas varillas, ocultas bajo el agua, formaran al alcanzar la costa las siete puntas que dieron su nombre histórico a la ciudad. En la extensión que ellas abarcan es tan limpia y tan clara el agua, que observada desde la barranca podrían contarse las piedrecillas del fondo a más de dos metros de profundidad. Pero si bello es el río en esta parte de su curso, lo es todavía más el cielo. Todos los tonos de lo azul se reproducen en él, desde el celeste claro que admiramos en los "jazmines del cielo" -flores infaltables en los jardines correntinos- hasta el azul cobalto de que se viste en el Otoño, durante las horas de la mañana. Pero ni el cielo ni el río tienen aquí, con ser grande el que poseen, el mismo poder de sugestión que la luz. Diríase que el río le sirve de filtro, y que al reflejarla, la devuelve dotada de un brillo y de una diafanidad inigualables[1].

Pero observo que me he alejado del asunto de que me proponía ocuparme, lo que debe perdonárseme, pues soy correntino y como tal nada de extraño tiene que alabe las bellezas de mi tierra.

Nos instalamos en el "Hotel de Turismo", él que nos ofrecía una doble ventaja: la de hallarse situado sobre "La Costanera", y la de poder gozar en él de una temperatura agradable, difícil de encontrar en otra parte, permanentemente refrescada por las brisas que ascendían desde el río, mientras que el calor abrasaba a la ciudad. De día recorríamos los alrededores de ésta, en los que poco o nada encontramos digno de llamar la atención. Después de cenar nos trasladábamos a "La Costanera". La recorríamos en toda su extensión, unas veces marchando en dirección Norte, hasta llegar a "La Columna", el histórico monumento levantado en el sitio en que desembarcaron los españoles que fundaron la ciudad, y otras, en dirección opuesta, deteniéndonos entonces en "La Punta de San Sebastián", por considerar que en frescura y en la belleza de sus perspectivas nada mejor podía brindarnos el río. Esta es la más saliente de "las siete puntas". Las aguas al estrellarse contra su base se pulverizan en parte formando una cortina de vapor. La luz de la luna platea las aguas que las corrientes encontradas mantienen en incesante movimiento. El grito del suindá raja como una mellada herramienta la gasa sutil de la atmósfera. Llega desde el puerto -doscientos metros más arriba- la canción en guaraní entonada por algún marinero.

Nos habíamos comprometido a no hacer referencia a nada, mientras durara nuestra excursión, que estuviera relacionado con la política, el juego o los negocios, aunque con mencionar el juego hubiera estado todo dicho, pues la política y los negocios lo son también. Esto contribuyó a estrechar aún más la amistad que nos ligaba, pues la mayor parte de los disentimientos que separan a los hombres proviene de esas tres causas. Episodios de nuestra vida pasada, cacerías realizadas dentro o fuera de la Provincia, en demanda no pocas veces de una pieza de caza mayor, actitudes extravagantes o ridículas de personas conocidas, cuyo comentario habían hecho llegar hasta, el hotel, constituían el objeto principal de nuestras conversaciones. De nada sin embargo nos gustaba tanto hablar como del guaraní, idioma en el que nos sabíamos fuertes, el significado de muchas de cuyas palabras, compuestas de raíces aglutinadas, nadie ha logrado aún descifrar. Pero a veces por falta de un tema adecuado nos encerrábamos en un silencio discreto que tornaba todavía más placentera nuestra estadía en aquel sitio, pues en ciertos momentos no hay mejor compañía que la de uno mismo. Ricardo

[1] Los guaraníes tuvieron razón cuando llamaron a Corrientes TARAGÜÍ, palabra cuyo significado es el siguiente: Patria de la luz. TA, aféresis de tetá (Patria); RA, aféresis de ara, luz; y güí, preposición de (Patria de la luz).

Talavera, el más joven de los cuatro amigos, solía interrumpir estas pausas formulándome preguntas no siempre fáciles de contestar. A raíz de una de esas pausas me formuló la siguiente:

-Dr.: En el cuento "La víbora" de su libro "Cuentos del Pago Redondo", recientemente publicado, figura cierto personaje de nombre Elías Habid, comúnmente llamado "El turco Araña". Vengando una afrenta de él recibida y aplicándole un castigo merecido, puesto que de la Justicia, a quien aquel tenía comprada, nunca lo obtendría, Ramón Mendoza -otro de los personajes-, le soltó una noche una víbora bajo el mosquitero. Desearía saber si el hecho ocurrió realmente y en caso afirmativo, si la víbora picó o no al turco, y si lo picó, si murió o no a consecuencia de la picadura.

-El caso es verídico -le contesté-, aunque no en todo. El turco fue picado por la víbora, pero no murió gracias a que le aplicaron a tiempo una inyección polivalente contra esta clase de picaduras. Como en su casa de comercio "había de todo", no faltó una de aquellas a que echar mano.

-Más lógico hubiera sido que Mendoza lo matara de un tiro o de una puñalada. Era lo menos que merecía, y al nombrado le sobraba valor para haberlo hecho,

-Interesaba poco al desenlace, que el turco siguiera viviendo o no. El interés giraba en torno de los demás personajes. Observe además que dos de éstos mueren en el curso del cuento y no convenía recargar las tintas de suyo sombrías, que le sirven de fondo, aumentando el número de las víctimas.

-Dice Vd. que fueron pocos los turcos -en realidad no eran tales, sino sirios o libaneses, aclara más adelante- que llegaron a la Provincia y consiguieron enriquecerse, como el turco "Araña", y agrega que los más fueron asesinados al internarse en su territorio, y despojados de las baratijas que ofrecían en venta.

-Algunos de esos crímenes, por la refinada crueldad, unas veces, que en su ejecución pusieron sus autores, y otras, por la cobardía que demostraron, conmovieron profundamente a la opinión.

-Me gustaría oírlo narrar uno de esos hechos, ya que de todos debió tener conocimiento, puesto que en esa época desempeñaba Vd. el cargo de Juez del Crimen, con jurisdicción en toda la Provincia.

-El atentado de que fue objeto el turco "Araña" no constituye precisamente un crimen; puede serlo a los ojos de la Ley, pero no a los de un Juez que lo juzgue de acuerdo con su conciencia. El autor fue provocado en todas formas; privado de sus medios de vida, inclusive del agua indispensable a la conservación de sus almácigos de tabaco; obligado a emigrar para buscar trabajo en otra parte y no morir de necesidad. Además, le escamotearon la mujer que amaba y cuando regresó algún tiempo después, halló que el turco le había sonsacado la hermana. Por ninguna de estas causas podía recurrir a la Justicia. Justo era entonces que se la hiciera por sí mismo, tanto más cuanto que de la otra, disponía el turco a su antojo. Nada de eso ocurrió en el caso que voy a narrarles. Su interés proviene más que de la forma como el crimen se ejecutó, de los hechos relacionados con el criminal, ocurridos después, los que ponen de relieve el proceso mental que lo llevó a ejecutar lo contrario de lo que era necesario para mantener oculto su crimen; proceso que se cumple casi siempre en todos los casos. En el del turco "Araña" la idea del crimen surgió en la mente del autoral ver la víbora que cruzaba su patio, siendo ejecutada de inmediato. En el que voy a relatarles hubo premeditación y alevosía y su único móvil fue el del robo. Algo había sin embargo de común en ambos casos: cierta circunstancia atenuante, que ningún Juez podría dejar de tener en cuenta; la creencia, común a los hombres de la campaña correntina de aquella época, de que no siendo cristianos los turcos, debía equipará rselos a los animales, y como tales ser sacrificados. ¿De dónde les vendría tal prejuicio? De lejos, de muy lejos; probablemente de la época en que los españoles guerreaban contra los moros.

Goya era el principal punto de partida de estos expatriados que venían en busca de fortuna. Allí encontraban la mercadería necesaria y allí contaban con parientes y amigos

merced a cuyos oficios la obtenían a crédito. La mayor dificultad consistía en hacerse de un par de caballos, y de las árganas de cuero crudo, indispensables para su transporte. El punto de destino era Concepción (el antiguo Yaguareté Corá), situada en el otro extremo de la Provincia. Allí se reabastecían de la mercadería necesaria para la vuelta. Fuera de la ropa que vestían no llevaban consigo nada: ni armas, ni provisiones. Dormían en el primer rancho que encontraban y comían las sobras que les daban.

De Goya partieron con sus árganas bien repletas de mercadería, dos sirioslibaneses, Jorge Antonio y Manuel Zenone, con destino a Concepción. Debían de recorrer alrededor de cincuenta leguas, para lo cual necesitaban por lo menos un mes, teniendo en cuenta el tiempo que perderían en negociar lo que llevaban. Dentro de ese plazo enviarían a sus parientes noticias sobre su paradero.

Cruzar en aquella época el territorio de la Provincia era un arduo problema, no sólo por los peligros que había que desafiar, sino por la absoluta falta de comunicaciones. Los pueblos se hallaban distantes uno de otros, no existía el servicio de ómnibus y la correspondencia era transportada a lomo de caballo. Escribir una carta en tales condiciones y esperar que fuera recibida en su debido tiempo, era algo con lo que no debía contarse. Por lo que transcurrido el mes fijado por los viajeros sin que sus parientes recibieran noticia alguna de ellos, empezó a cundir la alarma. Se comprobó por medio de la Policía de Goya que los Zenone no llegaron a Concepción. En investigación de lo ocurrido, el Jefe de Policía de Corrientes despachó una Comisión. Los datos recogidos no arrojaron mayor luz. Sólo se consiguió establecer que la noche del último día que se los vio, los turcos durmieron en una chacra de propiedad del Juez de Paz situada más o menos a dos kilómetros del pueblo. La prensa tomó cartas en el asunto. Alguien dijo que si de tanto en tanto los autores de tales crímenes fueran castigados, se producirían con menos frecuencia.

Resolví trasladarme al lugar del hecho. El primero en hacerse presente fue el Juez de Paz. Era de talla escasa, nariz ganchuda y frente cuya depresión hacía más sensible su oscuro cabello, al proyectarse éste provocativamente hacia adelante, formando una especie de vísera. Sus mejillas en cambio eran tan abultadas, que contemplado de frente ocultaban casi por completo sus orejas, de las cuales se veían sólo los lóbulos. Había algo en él que desentonaba. Sus ojillos inquietos y movedizos se fijaban en todo menos en uno. Con su persistente pestañear, parecían querer ocultar algo de lo cual no tenían porqué tomar conocimiento los demás. Sin embargo respondía bien a las preguntas que se le hacía. ¿Qué sabía de los turcos desaparecidos? No habiéndole venidos recomendados, no tuvo porque ocuparse de ellos más que de cualquier otro viajero. ¿Que la noche del último día que se los vio, durmieron en su casa? ¿Qué tenía de particular eso? Ni él ni nadie que sea correntino niega hospedaje a quienes lo solicitan. Y ellos lo pidieron con insistencia. Durmieron en el zaguán que separa las dos habitaciones de que se halla compuesta la casa, sobre dos bancos adosados uno a cada lado. Tomaron mate juntos antes de amanecer, el día siguiente, e inmediatamente se pusieron en marcha. ¿Hacia dónde? No les preguntó, pero suponía que hacia Ituzaingó por ser éste el itinerario seguido siempre por sus connacionales.

-¿Cómo explica su desaparición? - le pregunté.

-Pueden haberse extraviado en uno de los montes que han debido encontrar en el camino. Pueden haberse ahogado en uno de los esteros que han tenido que cruzar. El caso es mucho más fácil de lo que parece. Con equivocar los vados estaba todo arreglado. Finalmente, pudieron haber sido asesinados para ser despojados del dinero que llevaban. De las tres hipótesis, ésta es la más probable.

-¿Por qué lo cree así?

-Porque habiendo recorrido ya la mayor parte del camino, las árganas han debido hallarse vacías o poco menos.

-¿De nada más puede informarme?

Desgraciadamente, no.

-Indíqueme por lo menos a qué otras personas puedo recurrir. Desde luego cuento con el

Comisario, pero ganaremos tiempo cuanto más amplia sea la información.

Apartó con la punta del pie algunas ramitas que tenía delante y fijando en mí sus ojos por primera vez, me dijo:

-Creo ser aquí el único a quien ha preocupado este asunto. Del Comisario, Departamental poco o nada debe esperar. Pueden más en él sus quehaceres en el terreno de la política y en el que tiene sembradas sus chacras, que el cumplimiento de sus obligaciones. Yo seguiré ayudándole en todo lo que pueda, esperando que Dios también nos ayude. Desgraciadamente se halla demasiado arriba para oír lo que nos dice, y nosotros demasiado abajo para que puedan llegar hasta él nuestras voces.

-Háble me con franqueza: ¿Cree que el Comisario tiene que ver algo con el crimen?

-El Comisario precisamente, no; pero sí alguno de sus agentes -observe que no nombro a ninguno-. Entre ellos hay algunos de tan pésimos antecedentes, que pueden haber cometido el crimen o contribuído a ocultarlo.

Me pareció que no me decía la verdad. Celos, de autoridad a autoridad, o algún viejo resquemor, que encontraba la oportunidad de exteriorizarlo y no quería desperdiciarla.

Muy diferente fue la impresión que el Comisario me produjo. A juzgar por sus rasgos debía ser un hombre de acción. En sus ojos se leía la franqueza, y no menos en lo fuerte que apretaba, cuando nos daba la mano.

-¿Conoce -le pregunté-, los antecedentes del Juez?

-Poco. Hace un año que desempeña su cargo. Votó en contra del Gobierno cuando éste fue elegido, pero halló después forma de acomodarse con él. En cuanto a sus medios de vida, fuera de su empleo no le conozco otro. La chacra no le ocasiona sino gastos.

-Vigílelo - le dije al despedirme. Observe lo que pasa en derredor; sin perjuicio de recorrer una vez más el camino de Ituzaingó. Explore los esteros, no sólo en los vados, sino en sus inmediaciones, y muy principalmente en la parte que sirve de límite a la chacra del Juez. Debemos hacer lo que esté en nuestras manos para descubrir el crimen, aunque no se lo descubra. Sólo así se evitará su repetición.

-Pediré a la policía de Corrientes el envío de una fuerte Comisión para que colabore con V. - agregué.

-No es necesario Sr. -me replicó-. Sobrarán vecinos en Concepción, que me presten su ayuda.

Regresé a Corrientes sin que se hubiera agregado un ápice al esclarecimiento del hecho. Me esperaba allí la esposa de uno de los desaparecidos. En vista de que nada de nuevo pude comunicarle, regresó desconsolada a su pueblo. Lo lamenté sinceramente, pues ese mismo día recibí carta del Comisario de Concepción, trasmitiéndome una noticia sensacional: el autor de la muerte de los Zenone fue el Juez de Paz. Acorralado, tuvo que confesarlo.

"No tiene porque felicitarme -agregaba la carta- porque el resultado fue pura y simplemente obra de la casualidad. Los cuerpos no fueron encontrados en el estero, pero si yo y mis muchachos no nos hubiéramos trasladado hasta él a examinar minuciosamente sus fondos, el crimen no se hubiera descubierto. Tuve la suerte de que don Manuel Ferré, persona de su conocimiento y fuerte estanciero de este departamento, me acompañase ese día, accediendo a mi invitación. Como Vd. sabe, su establecimiento de campo se halla a pocas leguas del pueblo, y como en cambio Corrientes, desde donde viene, está demasiado lejos, razón por la cual el viaje le resulta pesado, suele quedarse a descansar aquí algunos días. Él le referirá cómo fue descubierto el crimen, el cual sin su intervención hubiera continuado en el misterio. Me ha prometido visitarlo y ahorrarme en esa forma el tener que darle más explicaciones. En cuanto al sumario, se lo remitiré, tan pronto como lo haya terminado".

He aquí lo que el mencionado señor Ferré me refirió:

"-A decir verdad, jamás pensé que el Juez fuera capaz de cometer un crimen semejante, aunque nunca fue hombre de mi confianza. En Concepción se lo tiene por un camandulero. Goza además de la fama de ser un tramposo. Los ladrillos con que levantó la azotea de su chacra, lugar en donde pasa la mayor parte de su tiempo, pues su casa de familia se halla

situada en la ciudad, no han sido aún abonados, a pesar del largo tiempo transcurrido. Sin duda que ésto no lo recomienda, pero las aludidas, no constituyen taras suficientes para autorizar a uno a pensar que fuera capaz de cometer un crimen semejante".

"Nos esperaba parado en medio del zaguán, vestido de punta en blanco -es decir, de blusa y pantalón de ese color, un pañuelo de seda colocado al cuello y la cabeza descubierta. Lucía detrás de una de sus deformadas orejas un hermoso clavel rosado. Muy echada la cabeza hacia atrás y sin dejar de sonreír nos fue saludando uno a uno. El Comisario Departamental halló forma de escabullirse e ir con sus acompañantes a recorrer el estero que sirve por uno de sus lados, de límite a la chacra.

-Tome asiento, señor -me dijo lo que quedamos solos, indicándome uno de los bancos adosados a los muros-. Los encontrará sin duda algo duros, pero acostumbrado como debe estar en su calidad de hombre de campo, a la dureza del recado, no lo ha de sentir mucho.

La conversación fluía de sus labios sin interrupción, mas sin rozar en lo más mínimo el asunto que traímos entre manos. La mirada de sus ojuelos grises saltaba de un objeto en otro, pero sin alejarse, dando a entender que le interesaban más, por ejemplo, las telarañas que colgaban del techo, que lo que el Comisario y sus hombres, visibles desde donde nos encontrábamos, hacían en el estero.

-¿Traían los turcos mucha mercadería consigo? - le pregunté.

-La habían negociado casi toda en el camino. Me cercioré de ello, porque dejaron las árganas afuera, lo que no hubieran hecho en el caso de contener algo de valor.

-Eso aleja la presunción de haber sido muertos en el camino. Nuestro paisano tiene todavía mucho del indio; a sus ojos tienen más valor las baratijas que lo deslumbran y no sabe dónde adquirirlas, que el dinero necesario para ello.

Llegaban hasta nosotros las voces de los que exploraban el estero. Los veíamos desplazarse de un sitio en otro. Hería nuestras narices el olor nauseabundo que ascendía desde el fondo al ser removido el lodo allí depositado, por las patas de los caballos.

-¿Qué diría -le pregunté- si de pronto uno de esos hombres tropezara con los cuerpos que andan buscando?

Mirándome por primera vez de frente, contestóme, mientras soltaba una carcajada:

-Tan seguro estoy de que no Los encontrarán, como de que Dios está en los cielos. Pero lo invito a que vayamos a la orilla. Desde allí no sólo podremos observar mejor lo que pasa, sino que respiraremos un aire más puro.

Y sin esperar mi respuesta se puso en marcha. Se detuvo en un sitio en que la yerba crecía más verde y lozana.

-¿No le parece -me dijo- que éste es un lugar ideal? Tenemos la suerte que arriba hay una nube que nos presta su sombra, en tanto que los esteros -no olvide que son una prolongación de la laguna Iberá- nos envuelven con las fragancias de las flores que en ellos crecen. Aires como éstos son capaces de hacer resucitar a un muerto.

-¿A los turcos asesinados también?

-Vea: nadie tiene derecho a asegurar que lo fueron. Pueden...

Se interrumpió al ver que el Comisario, cansado de aquella inútil búsqueda, ganaba la orilla, dejaba allí su caballo y se dirigía a nuestro encuentro.

Repuesto, continuó:

-Decía, que bien pueden haberse ahogado al cruzar los esteros por sitios donde no debían, o estar vivos aun y sólo extraviados en los montes.

En ese momento cruzó frente a mí una gran mosca verde. Como regresara intenté matarla con mi fusta. Mientras seguía mis movimientos, exclamó:

-Los pescados muertos que suele arrojar el viento a la orilla las atraen por millares. ¿No le parece que regresemos?

Iba a contestarle cuando observé que otra mosca se posaba en la caña de una de mis botas. Mi fusta entró de nuevo en acción, y al hacerlo vi que las moscas salían en procesión de debajo de la tierra. Iba a averiguar la causa, cuando recibí del Juez un fuerte empellón que me

hizo trastabillar. Se me vino luego encima cogiéndome por los brazos y sacudiéndome.

-¿Qué significa esto? - exclamó el Comisario que en ese momento llegaba y separándonos se interponía entre ambos.

-Significa -contestó el Juez- que se ha pretendido arrojar sombras sobre mi nombre, dejando entrever que quien ha asesinado a los turcos soy yo, y eso ni a él ni a nadie estoy dispuesto a consentir.

Repuesto ya de la sorpresa y apuntando en dirección al sitio de donde las moscas seguían saliendo, exclamé:

-Lo que dice es una mentira. No es eso lo que pasó, pero esto es lo que está pasando.

Hombre perspicaz, el Comisario se dio inmediatamente cuenta de lo que se trataba. Se adelantó al sitio en que habíamos estado parados y cogiendo un puñado de pasto tiró de él con fuerza. El pasto cedió; arrastrando tras sí uno de los panes de gramilla que cerraban la sepultura. Abierta ésta fueron hallados en su interior los cadáveres. El Juez no tuvo más remedio que confesarse autor del hecho.

Mató a los turcos mientras dormían en los bancos. Esa misma noche los enterró, cubriéndolos con los panes de gramilla. En cuanto a las árganas, las condujo al interior del estero y las hundió en el agua practicándoles varios cortes. Deshacerse de los caballos fue lo que más le costó. Los arreó un par de leguas por el camino que trajeron y después los abandonó. Guiados por el instinto llegarían solos a Goya.

Conducido a empujones, el Juez fue amarrado fuertemente a un árbol. No se mostró mayormente afectado. Se le oyó decir: la vida es como la taba. El que juega con ella sabe que puede ganar o perder.

Aprovechando un momento en que quedamos solos le pregunté:

-Cuando me invitó a trasladarnos a la orilla ¿fue porque Vd. realmente creía que allí estaríamos mejor, o por alguna otra causa?

-Se echa de ver -me contestó-, que Vd. es un hombre inteligente. Se ha dado cuenta de que no lo invité a ir allí porque si nomás. Mientras permaneciéramos en ese sitio, al Comisario no se le ocurriría inspeccionarlo... pero no contaba con la huéspeda.

-Es decir, con las moscas.

-Es cierto. Creí que una vez enterrados los turcos, desaparecerían pronto comidos por los gusanos, pero olvidé que los gusanos se transforman en moscas, que las moscas salen de debajo de la tierra y acusan y que no suele faltar quien las oiga.

Hasta aquí lo que don Manuel Ferré me relató. ¿Qué más decir? El criminal obró de acuerdo con la lógica. Pero la lógica no lo es todo en este mundo. Sus conclusiones se cumplen de ordinario. Pero el azar obrando en sentido contrario suele anularlas. También para éste deben existir leyes. El hecho de que nos sean desconocidas no nos autoriza a negarlas. ¿Y si no fue la voluntad del Juez la que lo indujo a ir a pararse sobre la sepultura, sino la de Dios? Forzosamente hay que admitir que nada existe que no obedezca a un orden establecido.

Cerrando el relato, Enrí el amigo a cuyo pedido lo hice, comentó:

-Puede que el azar haya sido la causa determinante del hallazgo, pero puede también que haya sido el miedo, porque el crimen es siempre cobarde: el exceso de precauciones pierde de ordinario al criminal.